

**LA EDAD DE LOS AUCA RUNA
EN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA (JUJUY, ARGENTINA)**

AXEL E. NIELSEN*

* - CONICET - Instituto Interdisciplinario Tilcara. UBA. Escuela de Historia, Universidad Nacional de Córdoba. e-mail: anielsen@imagine.com.ar

Resumen

En este trabajo se describen las evidencias arqueológicas de enfrentamientos armados en la quebrada de Humahuaca durante los últimos siglos de la era prehispánica y se discuten algunas interpretaciones alternativas sobre su significación. Se argumenta que desde los primeros siglos del segundo milenio d.C., los pueblos de la Quebrada (como muchos otros del centro-sur andino) se vieron envueltos en un estado de conflicto interregional endémico que alcanzó su momento de mayor intensidad alrededor del siglo XIV. Este fenómeno provocó cambios profundos en la economía y la organización política de aquellas poblaciones.

Palabras clave: guerra - conflicto interregional endémico - quebrada de Humahuaca.

Abstract

This paper presents the archaeological evidence of armed confrontations in *Quebrada de Humahuaca* during the last centuries of the Prehispanic era and discusses some alternative interpretations of their significance. It is argued that, beginning in the first centuries of the second millennium A.D., the people of the *Quebrada* (as many others of the south-central Andes) were involved in a state of endemic, interregional conflict that reached its moment of maximum intensity towards the 14th century. This phenomenon caused deep changes in the economy and political organization of those populations.

Key words: war - endemic interregional conflict - Quebrada de Humahuaca.

La idea de que la guerra puede haber desempeñado un papel importante en la institucionalización de la desigualdad social no es nueva (Carneiro 1970; Webster 1975), pero ha recibido especial atención entre los arqueólogos durante la última década. Este interés se relaciona estrechamente con la demostración de que los enfrentamientos armados entre grupos eran ubicuos entre los pueblos sin estado con anterioridad a la expansión de los imperios occidentales (Bamforth 1994; Haas y Creamer 1993; Keeley 1996; *contra* Blick 1988; Ferguson y Whitehead 1999). Como resultado, el conflicto ocupa hoy un lugar destacado en los modelos generales sobre el desarrollo de la complejidad sociopolítica (Earle 1997).

Muchos autores reconocen que el período que precedió a la expansión inka, llamado Período de Desarrollos Regionales en el Noroeste argentino, fue una época de conflicto en los Andes. Este fenómeno dejó su impronta en la memoria de los pueblos andinos, que en los siglos XVI y XVII aún recordaban aquellos tiempos como la Edad de los *Auca Runa* o Guerreros (Bertonio [1612] 1984:27; Bouysson Cassagne 1975:192; Guaman Poma [1615] 1980, I: 52). A pesar de esto, la mayoría de los arqueólogos concede al conflicto un papel meramente secundario en la explicación del cambio social, tratándolo como epifenómeno de procesos a los que sí se otorga valor causal, como el crecimiento demográfico o la caída de Tiwanaku. Otros van más allá, poniendo en duda la gravedad, duración o hasta la realidad de aquellos enfrentamientos, probablemente por entender que un estado de guerra endémica sería incompatible con los principios de complementariedad ecológica y social que se consideran característicos de las sociedades andinas desde tiempos inmemoriales.

Partiendo del análisis de evidencias arqueológicas de la quebrada de Humahuaca, este trabajo argumenta que los conflictos que precedieron a la formación del Tawantinsuyu, no sólo fueron reales y generalizados en los Andes centro-sur, sino que transformaron profundamente a las sociedades involucradas. Esta interpretación lleva a mirar con escepticismo los supuestos de continuidad en los que descansa la extrapolación de instituciones y prácticas registradas entre los pueblos andinos de los siglos XVI y XVII respecto al pasado pre-inkaico. Si los primeros siglos del segundo milenio d. C. fueron realmente tiempos de enfrentamiento y cambio organizacional como lo indica el registro arqueológico ¿por qué suponer que la dinámica territorial, los mecanismos de circulación de recursos, la organización política y las relaciones de identidad de aquellos pueblos eran

análogas a las observadas por los españoles doscientos o trescientos años después tras dos olas de conquista imperial?

El argumento se desarrolla en tres apartados. Primero se sintetizan los principales cambios experimentados por la sociedad de la Quebrada a lo largo del Período de Desarrollos Regionales y el Inka. Luego se describen los indicadores arqueológicos de conflicto y sus variaciones en el tiempo. En la última sección se discuten las posibles relaciones entre la guerra y los procesos sociales delineados al comienzo.

Antes de comenzar, es oportuno definir el término “guerra” que utilizaré para referirme a los conflictos de la época pre-inka. La guerra puede ser definida como un estado o periodo de hostilidad armada entre unidades sociales políticamente autónomas. La naturaleza de estas hostilidades puede ser extremadamente diversa, consistiendo en simples amenazas o violencia real, con enfrentamientos continuos o solo excepcionales, incluyendo batallas formales, asaltos sorpresivos, saqueos a comunidades civiles o emboscadas, resultando en un número elevado o reducido de víctimas. En todos los casos, sin embargo, considero que lo característico de la guerra es un estado de inseguridad en el que todos o algunos de los grupos involucrados se sienten amenazados por el enemigo (LeBlanc 1999:8). Esta percepción exige tomar medidas defensivas que, particularmente entre los pueblos premodernos, suelen incluir componentes organizacionales (tales como alianzas, nuevas formas de liderazgo y cooperación, restricciones a la movilidad) creando así las condiciones para el surgimiento de nuevas formas de cooperación, interacción y control social.

LA SOCIEDAD QUEBRADEÑA Y SUS TRANSFORMACIONES (900-1536 d. C.)

Marco Espacial y Temporal

Como región arqueológica, la quebrada de Humahuaca abarca la cuenca hidrográfica del río Grande de Humahuaca por encima de los 2.000 m (Figura 1). Comprende un valle principal de 3 km de ancho máximo por donde fluye el río Grande desde la localidad de Iturbe hacia el sur y una serie de quebradas secundarias o tributarias que se originan en los cordones montañosos que flanquean la Quebrada por el este (Calete, La Huerta, Guasamayo, Huajra) y el oeste (Azul Pampa, Yakoraite, Juella, Purmamarca, Tumbaya Grande).

Internamente se trata de un espacio heterogéneo que incluye un mínimo de tres zonas productivas diferentes y próximas entre sí (cf. Seca 1989:39-40). La primera de ellas está formada por los fondos de valle, tanto del río Grande como de sus cursos tributarios, por debajo de los 3.100 m. Es una zona apta para el cultivo con irrigación de especies mesotérmicas, como el maíz, el poroto, el ají y la calabaza. Un segundo espacio de importancia agrícola se encuentra entre los 3.100 y 3.500 ó 3.600 m, donde prosperan los cultivos microtéricos, como la papa, la oca, la quinua y la kiwicha. Comprende las porciones medias y altas de las quebradas tributarias, la cabecera del valle troncal y los

piekemontes de las sierras de Tilcara y Aparzo, donde existen cursos de agua permanente que ofrecen buenas oportunidades para el riego (Rodero, Coctaca, Capla, Moya, cuenca del Guasamayo). Finalmente, en las laderas montañosas por encima de las áreas agrícolas se encuentran los mejores recursos para el pastoreo y la caza. A una escala más amplia, la Quebrada se interpone como una gran cuña entre la Puna al occidente y el ambiente subtropical de las Yungas al oriente y sur. Desde este punto de vista, puede ser concebida como un espacio de transición o sistema de corredores naturales que comunican las variadas zonas productivas que se escalonan en el flanco oriental del macizo andino.

Este trabajo se interesa en el lapso que va aproximadamente desde el 900 d.C. hasta el primer contacto entre la sociedad indígena y los invasores europeos en 1536. Comprende tres grandes períodos: Período de Desarrollos Regionales I (900-1200 d. C.), Período de Desarrollos Regionales II (1200-1430 d. C.) y Período Inka (1430-1536 d. C.). La Figura 1 sintetiza este modelo cronológico y su correspondencia con otros esquemas empleados en la región (Nielsen 2001).

Figura 1
Esquema cronológico

d.C	Período	Correspondencia con otros esquemas
1600	Hispano-Indígena	Período Hispano-Indígena
1500	Inka	Período Inka (Bennett et al. 1948)
1400	Desarrollos Regionales II	Cultura Humahuaca (Bennett et al. 1948); Período Tardío (Bennett et al. 1948, Pérez 1973)
1300		
1200	Desarrollos Regionales I	Culturas Medias (Bennett et al. 1948); Período Medio (Pérez 1973)
1100		
1000		
900	Formativo (final)	Momento Agroalfarero Antiguo o Cultura Alfarcito (Madrado 1969b); Período Temprano (Pérez 1973)
800		

A continuación se describen algunos cambios demográficos, económicos y políticos que experimentaron los habitantes de la quebrada de Humahuaca durante estos periodos. Las evidencias arqueológicas sobre las que descansa esta reconstrucción de procesos han sido discutidas en otras oportunidades (Nielsen 1996, 2001) por lo que no serán reiteradas acá. Sólo se busca presentar la información contextual necesaria para discutir el papel desempeñado por la guerra en la evolución de la sociedad quebradeña.

Demografía

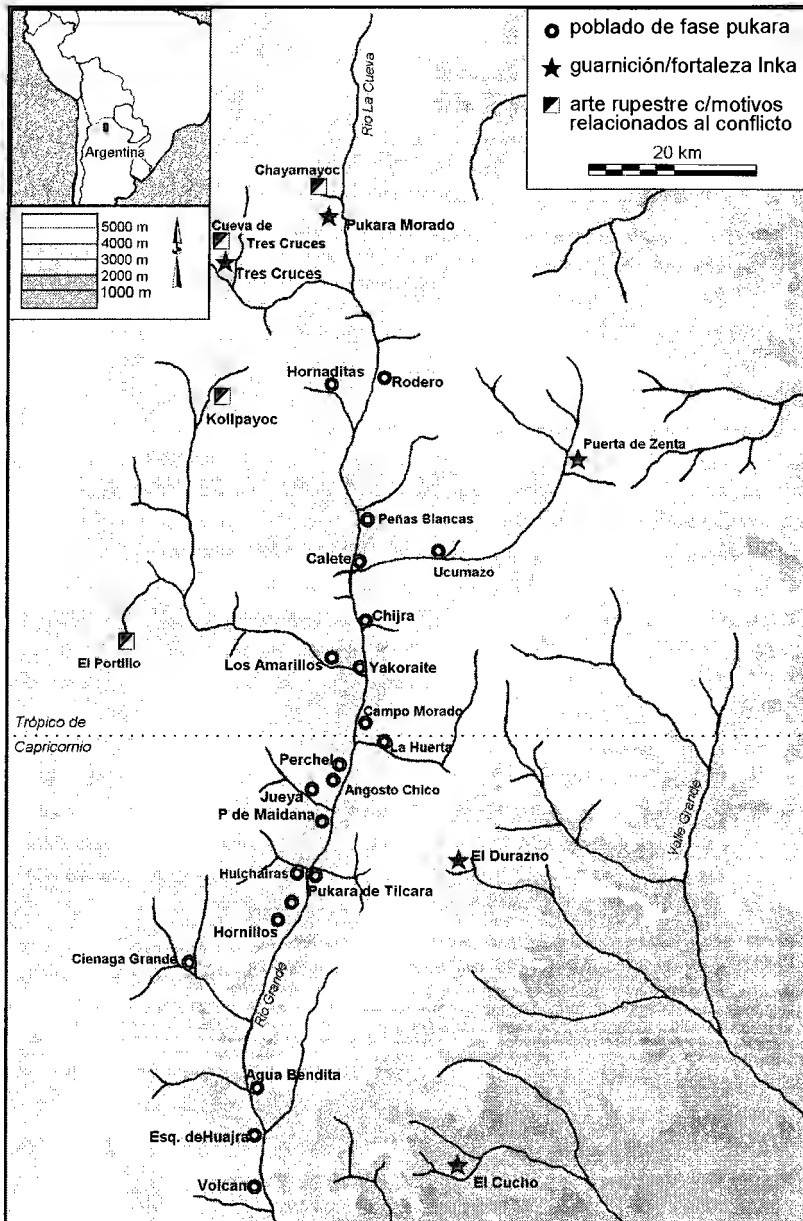
El aumento en la cantidad y tamaño de los asentamientos conocidos sugiere que durante el Período de Desarrollos Regionales se produjo un crecimiento demográfico considerable en la quebrada de Humahuaca, aunque la magnitud del mismo es imposible de precisar por el momento. Más allá de este probable crecimiento global parecen haberse producido cambios, a lo largo de esta época, en la distribución espacial de la población, de importantes consecuencias para la sociedad. Por una parte, la población se aglutinó en asentamientos cada vez más grandes y densamente ocupados. Este fenómeno probablemente se inició a fines del Período Formativo –aunque se sabe poco sobre los sistemas de asentamiento de esta época– y llevó al surgimiento de numerosas aldeas aglutinadas de alrededor de una hectárea de extensión durante el Período de Desarrollos Regionales I (por ej. Pukará de la Cueva, Calete 20, Muyuna, San José, Huacalera) y culminó alrededor del siglo XIV con la formación de varios conglomerados habitacionales de gran tamaño situados en puntos de gran valor defensivo, como Los Amarillos, Juella y Hornillos. Hasta ahora el mayor de estos últimos parece haber sido Los Amarillos, que alcanzó casi diez hectáreas apretadamente edificadas en vísperas de la conquista incaica. Durante el Período Inka la población continuó habitando en poblados aglutinados, aunque las dimensiones máximas de las comunidades no parecen haber experimentado cambios significativos (por ej. Pukará de Tilcara ca. ocho has, La Huerta ca. nueve has).

La distribución *regional* de la población también parece haber cambiado en este lapso. Durante los periodos Formativo y de Desarrollos Regionales I, tanto la Quebrada principal como sus valles tributarios se encontraban regularmente habitados. En el Período de Desarrollos Regionales II, en cambio, las porciones medias y altas de las quebradas tributarias parecen haber sido abandonadas como áreas de residencia permanente, concentrándose la población en el valle del Río Grande de Humahuaca (Figura 2).¹ Durante

¹ Esta inferencia se basa en la falta de registro – hasta el momento – de asentamientos residenciales de esta época en los sectores medios y altos de las quebradas laterales al valle del río Grande, donde sí se han encontrado en cambio sitios de habitación más tempranos (Formativos y del Período de Desarrollos Regionales I) y sitios de ocupación estacional del Período de Desarrollos Regionales II (Nielsen, Avalos y Menacho 2000). Es necesario enfatizar, sin embargo, que dada la relativa escasez de prospecciones sistemáticas en las zonas más apartadas de la Quebrada troncal,

Figura 2

Quebrada de Humahuaca: ubicación de algunos sitios mencionados en el texto



la Era del Tawantinsuyu se produjeron nuevos cambios con la instalación de asentamientos quebradeños al norte del valle del Río Grande (Juire, Putuquito, Pueblo Viejo de Coctaca) y en Iruya (Pukará del Pie de la Cuesta de Coranzulí, Titiconte). La regularidad del trazado de estos sitios y su asociación con indicadores de producción agrícola inka (infraestructura para el cultivo en Rodero-Coctaca y Titiconte, palas líticas) sugieren que estas comunidades se establecieron bajo el imperativo político y económico del imperio, quizás como mitayos y/o *mitmaqkuna* (Nielsen 1995). Algunos de estos asentamientos continuaron siendo ocupados durante el período hispano-indígena, situación que tal vez guarde relación con las referencias históricas tempranas acerca de la presencia de indios oclayas al oriente de la Quebrada, caracterizados como “sujetos a la servidumbre y obediencia del cacique principal de los dichos yndios omaguacas” y al mismo tiempo como “gente del Peru” (Salas 1945:51-52).

Proceso Económico

A lo largo de esta época también se produjeron transformaciones en la organización económica que podrían derivarse de las tendencias demográficas recién delineadas. Este proceso comprende cuatro aspectos relacionados: intensificación, especialización, integración y articulación interregional.

A fines del Período Formativo la población de la Quebrada parece haber estado organizada en comunidades reducidas distribuidas tanto en la quebrada troncal como en las tributarias, de acuerdo a las posibilidades de explotación que ofrece cada ambiente. Cada una de ellas podría abastecerse en sus demandas básicas aprovechando con mínimas mejoras los recursos (tierras, pastos, leña, agua, presas) disponibles en su entorno cercano. Este uso de la tierra es comparable, hasta cierto punto, al que caracteriza a los pobladores de la Quebrada actualmente asentados fuera de la zona de influencia de las principales rutas. Recursos de subsistencia extralocales (maderas, sal, materias primas líticas) se obtendrían mediante diversos mecanismos no excluyentes (por ej., acceso directo mediante partidas logísticas, intercambio o transacciones vinculadas a obligaciones de reciprocidad entre parientes), prácticas que también podrían dar cuenta del ocasional hallazgo de otros bienes no locales de importancia, como cerámica alóctona, cuentas de piedras semipreciosas y conchas marinas.

Este escenario comienza a transformarse en el curso del Período de Desarrollos Regionales I, en coincidencia con las primeras fases de concentración demográfica local y regional. Las terrazas y cuadros de cultivo presentes en la quebrada de la Cueva o en algunos sectores del norte de la Quebrada son los primeros indicios de intensificación

esta propuesta debería ser críticamente evaluada en el futuro a la luz de nuevas investigaciones de campo.

productiva², aunque la cronología de desarrollo de la infraestructura agrícola es un aspecto aún poco conocido de la arqueología quebradeña. También hay señales de cambio en los mecanismos de interacción económica con otras regiones, con la inserción de Humahuaca en vigorosas redes de intercambio de larga distancia. A los recursos extralocales del momento anterior – presentes o inferidos – se suman objetos de oro y otros elementos de importancia cultural (por ej., esqueletos de aves tropicales, alfarería Yavi en La Isla). La relación entre este fenómeno y el desarrollo del tráfico de caravanas a larga distancia está independientemente indicada por: (1) la presencia de alfarería de esta época en los primeros campamentos o *jaras* de la región; (2) el hallazgo de ofrendas de cuentas de ceniza volcánica como las encontradas en La Isla por Debenedetti (1910: 242) en abras desde la sierra de Zenta a la Cordillera Occidental (Nielsen 1997b) y (3) la aparición del “motivo de caravanas” en el arte rupestre de esta época. Esto no significa que las tropas de llamas no hayan sido utilizadas anteriormente para el traslado de bienes³, pero sugiere que a fines del primer milenio d.C. hay un salto marcado en la intensidad y alcance del tráfico caravanero en la Quebrada, así como un cambio en su papel económico y social.

Hacia los siglos XIII y XIV, la convergencia demográfica sobre los conglomerados de la Quebrada principal podría haber impulsado una primera expansión de la infraestructura agrícola en el valle del río Grande. Estas obras continuaron expandiéndose hasta el final de la era prehispánica llevando al desarrollo de los vastos complejos de cuadros, terrazas y recintos de cultivo del piedemonte de las serranías de Tilcara y Aparzo (El Alfarcito, Coctaca). También parecería intensificarse la explotación pastoril en el valle principal, a juzgar por la abundancia de parapetos para la vigilancia diurna del ganado y los complejos de corrales presentes en las proximidades de los sitios mayores (Nielsen, Avalos y Menacho 2000). Participarían del ciclo pastoril quebradeño las quebradas altas del poniente, donde se encuentran puestos y otros vestigios en cuevas y aleros como Huachichocana III y Tomayoc, aparentemente ocupados durante fines del verano-comienzos del otoño (Lavallée et al. 1997; Madero 1992). La concentración poblacional debió estar acompañada por un aumento de la presión sobre ciertos recursos “frágiles” de la Quebrada troncal. Los análisis faunísticos de los basureros de La Huerta, por ejemplo, indican un cambio económico alrededor del Siglo XIV, cuando disminuye la importancia de la caza y se enfatiza la explotación de animales domésticos (Madero 1993). Sería de esperar que la disponibilidad de otros recursos como los forrajes, la leña (por ej., el churqui) y los materiales para la construcción de techos (por .ej., el cardón) también se haya visto afectada por el uso.

Es preciso enfatizar que al congregarse en el valle del río Grande, los habitantes de la Quebrada renunciaron al aprovechamiento efectivo de áreas de gran importancia económica. Estos espacios sólo parecen ser utilizados extensivamente en los siglos XIII-

² Por “intensificación productiva” me refiero a prácticas que suponen mayor inversión de trabajo y – presuntamente – mayor rendimiento por área explotada.

³ Incluyendo quizás la esporádica llegada de bienes de filiación tiwanakota por este medio.

XIV para el pastoreo estacional, la caza y la obtención de otros recursos silvestres. La intensificación productiva, entonces, no aparece como una simple consecuencia del crecimiento vegetativo de la población y sus relaciones con la capacidad de sustentación del territorio, sino como respuesta necesaria y localizada frente a una distribución poblacional cada vez menos equilibrada.

La considerable distancia que separa los centros residenciales de las zonas “altas” de pastoreo y los centros de explotación agrícola, así como la superposición de las máximas demandas de mano de obra de estas actividades en el verano, sugiere que estas tareas productivas básicas (y tal vez otras, como el tráfico o la extracción de recursos silvestres) estaban en manos de unidades sociales diferentes. Los estudios sobre restos humanos del Pukará de Tilcara muestran, para esta época, diferencias entre sexos en términos de dieta y de alteraciones osteofuncionales (Mendonça et al. 1992) las que son compatibles con una marcada división del trabajo por género. La importancia que cobra en esta época la metalurgia del bronce, con claras indicaciones de producción local, implicaría niveles de especialización que excederían el ámbito de las relaciones de edad y género, para abarcar por lo menos a ciertas unidades domésticas (o miembros de ellas) dentro de cada comunidad. La posibilidad de una diferenciación económica entre comunidades de la Quebrada es factible, pero no puede ser contrastada con los datos hoy disponibles. En cualquier caso, las evidencias hasta aquí consideradas sumadas a la magnitud de los centros agrícolas y las demandas inherentes a su construcción, mantenimiento y administración, indican una considerable integración económica en el territorio, *verbi gratia*, una creciente interdependencia entre unidades sociales para la satisfacción de necesidades materiales básicas.

En cuanto al acceso a elementos extralocales, podrían estar operando simultáneamente varios mecanismos. La obtención de recursos pertenecientes a las regiones vecinas de las Yungas y de la Puna oriental (maderas, sal), cuya demanda aumentaría en el contexto demográfico de este período para abarcar ciertos rubros presentes pero tal vez deficitarios en la base económica local (p.ej., productos animales, combustibles), podría apelar tanto al intercambio con comunidades social y culturalmente diferentes como a la organización de partidas logísticas desde la propia Quebrada. La circulación de algunos de estos recursos pero especialmente de otros más distantes -incluyendo bienes de prestigio, insumos para su producción (por ej., oro, estaño, piedras semipreciosas y cuentas, textiles) y otros elementos de diversa importancia cultural (alfarería foránea, materias primas líticas, valvas de moluscos marinos)- estaría en manos de grupos caravaneros puneños-altiplánicos. La estrecha vinculación entre las caravanas y el tráfico de metales (Núñez 1987) está testimoniada, además, por la invariable presencia de minerales de cobre en los pasos montañosos, rutas, campamentos y lugares de descanso de caravanas a lo largo y a lo ancho del ámbito circumpuneño (Nielsen 1997b).

Con la conquista inka, se establece un importante centro de producción agrícola estatal al norte de la Quebrada (Coctaca-Rodero), aprovechando quizás partes de la infraestructura preexistente. Estas explotaciones estaban en plena expansión en vísperas de la invasión europea y, como se señaló anteriormente, parecen haber demandado el traslado

de comunidades enteras para suministrar la mano de obra necesaria. Otros grupos situados más al sur (por ej., Pukará de Tilcara, La Huerta, Tiraxi) participarían de otras formas en la economía política inka (Garay de Fumagalli 1997; Nielsen 1997a) mediante la producción de bienes suntuarios utilizables como “moneda política” por el estado en sus transacciones con dirigentes locales. Además de los bienes generados esta diferenciación abarcaba, aparentemente, las condiciones sociales en que se desarrollaba la producción, con algunos grupos tributando en calidad de mitayos y otros de *mitmaqkuna*. Estas distinciones podrían derivarse de las condiciones en que cada comunidad fuera sometida, que estarían a su vez plasmadas en los fenómenos de abandono, destrucción parcial y crecimiento diferencial experimentados por los asentamientos al momento de la conquista cuzqueña.

Resulta difícil establecer qué cambios pudo sufrir la organización económica local bajo el dominio inka. Si algunas de las comunidades que ingresaron entonces a los valles lo hicieron “espontáneamente” como desprendimientos demográficos, tal vez desarrollaron un sistema de economía vertical de tipo compacto (*sensu* Brusch 1976), con énfasis en el aprovechamiento de recursos silvestres, que les permitiría alcanzar una relativa autosuficiencia mediante la explotación de ambientes próximos y diversos (Nielsen 1988). En términos generales, sin embargo, los inkas parecen haber tomado control directo de la faja escasamente poblada alrededor del valle del río Grande para su propio beneficio, relocalizando mano de obra y realizando las inversiones tecnológicas necesarias para su explotación excedentaria en forma de terrazas, obras de irrigación y caminos. Esta estrategia se ajustaría, de algún modo, a la premisa ideológica del Tawantinsuyu relativa a generar las condiciones para el financiamiento del imperio sin alterar las bases de las economías locales.

Proceso Sociopolítico

Los cambios demográficos y económicos hasta aquí delineados parecen tener un correlato en la transformación del orden sociopolítico, aunque este es uno de los aspectos más difíciles de establecer debido a la falta de estudios sobre líneas de evidencia que son cruciales para su conocimiento desde la arqueología (por ej., análisis bioarqueológicos, estudios de consumo diferencial de bienes al interior de los poblados). Actualmente estas inferencias deben apelar principalmente a las características generales de los asentamientos (distribución, tamaño, estructura) y a los datos sobre variaciones en el tratamiento funerario.

Teniendo presentes estas limitaciones podrían plantearse tentativamente cuatro escenarios sociopolíticos sucesivos. El primero, característico del Período Formativo, comprendería a comunidades pequeñas, similares entre sí, que se repiten en un paisaje social que carece de marcados contrastes y que parece extenderse sin solución de continuidad más allá de la quebrada de Humahuaca. Las evidencias son consistentes con una sociedad carente de centralización y de divisiones político-territoriales marcadas, donde cabe suponer que las relaciones interpersonales y la apropiación de recursos se encontraba regulada por los derechos y obligaciones inherentes a los vínculos de parentesco.

Este escenario comienza a transformarse en el Período de Desarrollos Regionales I con la formación de núcleos poblacionales de mayor densidad y tamaño. La comparación entre los sitios habitacionales, aparentemente abandonados hacia el final de esta época, no justifica por el momento postular relaciones jerárquicas *entre* comunidades. En ninguno de ellos se han registrado áreas o estructuras que por su tamaño, calidad arquitectónica o contenido puedan haber estado destinadas a actividades económicas, políticas o rituales excepcionales, cuyo control pudiera sustentar la subordinación de otros grupos. El registro funerario parece avalar esta idea pues, si bien hay entierros con acompañamientos de gran riqueza incluyendo numerosos objetos de metal (por ej., Debenedetti 1910), este tipo de hallazgos se ha producido en la mayoría de los sitios explorados (Pueblo Viejo de la Cueva, Huacalera, Puerta de Juella, La Isla y Muyuna), a pesar de las limitadas extensiones excavadas. Este fenómeno podría estar vinculado a una importante re-estructuración de las relaciones sociales que, al poner en duda la legitimidad de las posiciones y jerarquías establecidas, generaría una pronunciada competencia por el reconocimiento social (Parker Pearson 1982: 112). La formación de los primeros conglomerados debió producir cambios importantes en los modos de relación entre las personas. La abundante riqueza descartada a través del ritual mortuario en esta época podría interpretarse, entonces, como la expresión de una dinámica de ostentación competitiva vinculada a la lucha por el prestigio en un contexto de intensificación y transformación de las relaciones sociales.

La culminación del proceso de concentración demográfica en los siglos XIII y XIV resultaría en la formación de un nuevo orden social y político. La emergencia de relaciones jerárquicas entre asentamientos en esta época, manifiesta en las marcadas diferencias de tamaño y complejidad entre sitios y en la distribución diferencial de espacios públicos o plazas, denotaría el surgimiento de mecanismos de integración supracomunitarios y tal vez de desigualdades institucionalizadas en el control de actividades de importancia pública. Hasta conocer mejor la historia de cada asentamiento resulta prematuro definir unidades socioterritoriales específicas, pero el desarrollo por esta época de varios conglomerados de gran tamaño y complejidad (por ej., Los Amarillos, Juella, Hornillos, Volcán) sugieren que, a la llegada de los inkas, la Quebrada no constituía un espacio políticamente unificado.

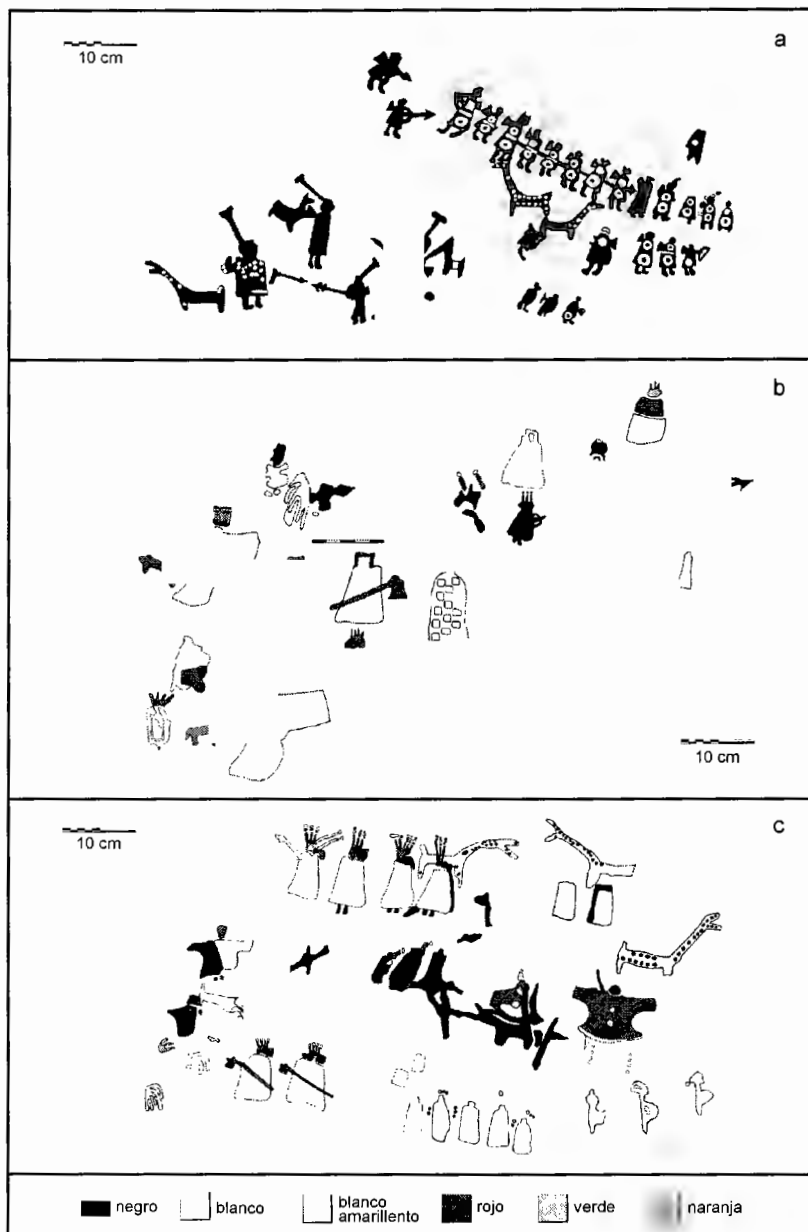
La frecuencia que cobran los enterratorios múltiples, la apertura periódica de las tumbas para la adición de nuevos cuerpos y objetos y la evidencia de que -al menos en Los Amarillos- los espacios comunes incluían sepulcros erigidos sobre el nivel del suelo, cuyo contenido podía ser públicamente exhibido y manipulado, delatan la importancia que cobra en este período el culto a los ancestros. Estas prácticas podrían relacionarse con la consolidación del *ayllu* como base de la organización social, es decir de grupos definidos por su descendencia de un antepasado común, real o imaginario, y que en virtud de esta descendencia legitiman sus derechos a la apropiación de la tierra, el agua y otros recursos estratégicos (Isbell 1997:98). La jerarquización de ciertos sepulcros mediante dispositivos arquitectónicos y otras formas de manipulación del entorno construido (Nielsen y Walker 1999) denotarían la existencia de desigualdades estructurales entre estos grupos.

La abundancia de bienes alóctonos (valvas marinas, alucinógenos) y objetos de metal en las tumbas indican la vigencia de una “economía del prestigio.” En esta época, en Humahuaca el tráfico de caravanas de larga distancia alcanzaría su auge como respuesta a los procesos de complejización política y diferenciación social interna más que como satisfacción de necesidades de complementación económica para la subsistencia, aunque estas últimas no quedaran excluidas de esta práctica. En contraste con la regionalización estilística que presentan artefactos y contextos de uso cotidiano (p.ej., cerámica, espacios domésticos), los bienes de prestigio de esta época en la Quebrada (objetos de metal, parafernalia para inhalar alucinógenos) son semejantes a los del norte de Chile y otros lugares del Noroeste argentino (Puna, quebrada del Toro, valle Calchaquí). Este fenómeno revela el surgimiento de lo que Blanton et al. (1996: 5) denominan un “estilo internacional” que definiría un marco simbólico-esotérico común a las élites circumpuneñas, apuntalando la posición de preeminencia de cada una de ellas en su territorio. Dicho marco facilitaba el acceso regular a los bienes “exóticos” necesarios para la reproducción del sistema y reforzaba el contexto ideológico en el cual la desigualdad era legitimada, aún cuando ninguna sociedad tuviera la capacidad de dictar sus cánones formales o su contenido. Respecto a este último, los objetos señalan relaciones entre el poder y los trances producidos por el consumo de alucinógenos (equipos de inhalar) y con el conflicto armado (armas, discos, trompetas y otros emblemas guerreros). Este último tema aparece también enfatizado – junto a emblemas de rango e identidad en forma de tocados y vestimentas – en las pictografías de la época, como lo ilustran algunos ejemplos del arte rupestre de Kollpayoc en la Figura 3.

Seguramente las élites acumulaban algo más que el capital simbólico derivado del acceso preferencial a bienes suntuarios y contactos interregionales, o del control de ritos y eventos sociales de importancia cultural. La magnitud y concentración de la población y la alta productividad que debió caracterizar a los vastos complejos agrícolas, implican la existencia de considerables cantidades de plustrabajo apropiable en esta época. No obstante, mayores precisiones sobre las ventajas económicas que, presuntamente, gozaban ciertos linajes o sectores deberán aguardar la realización de estudios específicos.

El Tawantinsuyu impuso cambios en la escena política local que recién se empiezan a vislumbrar. Uno de ellos sería el desplazamiento de los centros de poder regional, con la marginalización o abandono de asentamientos de gran relevancia en la época anterior (p.ej., Los Amarillos, Juella, Hornillos) en favor de otros sitios (p.ej., Pukará de Tilcara, La Huerta, Peñas Blancas). También parecería haber cambios en los marcos de legitimación de la desigualdad, plasmados en la destrucción pública de sepulcros de linajes locales destacados (Nielsen y Walker 1999), la declinación del uso de alucinógenos y trofeos de cráneos, y la incorporación de nuevos rituales (p.ej., ceremonias realizadas en santuarios de altura) y artefactos de estilo “oficial” a los repertorios de bienes de prestigio. El orden político que revelan las fuentes históricas de los siglos XVI y XVII (Salas 1945; Sica y Sánchez 1992) sería el resultado de este reordenamiento, combinado con los reajustes que acompañaron a la invasión europea.

Figura 3
Kollpayoc: motivos relacionados al conflicto.



ARQUEOLOGÍA DEL CONFLICTO EN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

Los indicadores arqueológicos de conflicto que habitualmente se reconocen en la literatura pertenecen a cuatro categorías: (1) patrón de asentamiento; (2) artefactos vinculados a la guerra; (3) osteología e (4) iconografía (LeBlanc 1999:54-91; Maschner y Reedy-Maschner 1998:25-26; Topic y Topic 1987). Todas ellas se encuentran presentes en el registro arqueológico de la quebrada de Humahuaca. Por cierto, no todas estas líneas de evidencia son igualmente confiables; por ejemplo, una punta de proyectil clavada en un esqueleto es una prueba incuestionable de la existencia de enfrentamientos armados. Por su parte, un cambio en el diseño de las puntas o el crecimiento en el tamaño de los asentamientos sólo pueden tomarse como evidencias circunstanciales, que podrían obedecer a otras causas como nuevas formas de cazar o un cambio en la organización productiva. Sin embargo, considero que aún cuando cada uno de estos indicadores pueda ser cuestionado en aislamiento (ver próximo apartado), la ocurrencia simultánea de todos ellos en un contexto sí constituye una base particularmente sólida para inferir la presencia de conflictos.

Patrón de Asentamiento

El aumento en el tamaño de las comunidades y la elección de lugares que ofrecen dificultades de acceso y una gran visibilidad del entorno son dos aspectos de valor defensivo que caracterizan el patrón de asentamiento quebradeño, especialmente durante el Período de Desarrollos Regionales II. Estos atributos fueron a veces reforzados mediante murallas defensivas (Los Amarillos) y parapetos (Huichairas) en los flancos más vulnerables. A partir de ca. 1300 d. C., muchos de los asentamientos están además visualmente conectados, *verbi gratia*, desde la mayoría de ellos se divisan otros poblados. Esto significa que, en caso de amenazas sobre el territorio, podrían utilizarse señales visuales (fuego, humo) para advertir rápidamente a otras comunidades y coordinar acciones defensivas.

Se ha propuesto que algunos de estos sitios ubicados en puntos particularmente inaccesibles (Huichairas, Perchel, Campo Morado, Yakoraite, Calete), localmente conocidos como *pukaras*⁴, sirvieron para controlar la circulación por la quebrada o “proteger” a otros asentamientos cercanos de mayor tamaño y jerarquía política, generalmente ubicados en lugares que ofrecen menores dificultades de acceso, como Los Amarillos, La Huerta o el Pukará de Tilcara. Esta interpretación es cuestionable. Primero, porque las excavaciones realizadas hasta el momento no revelan diferencias funcionales entre estas dos hipotéticas

⁴ Los llamados *pukaras* de la Quebrada de Humahuaca no son fortalezas o asentamientos militares especializados, como lo indicaría el significado estricto de esta palabra quechua, sino poblados habitados en forma permanente y ubicados en lugares de fácil defensa. Mantengo sin embargo el término *pukara* para referirme a estos sitios porque ya se encuentra incorporado al habla y a la toponimia regional.

clases de sitios; todos ellos parecen haber sido asentamientos de residencia permanente. Segundo, porque luchando con arcos y flechas y tal vez hondas, armas con un alcance máximo de 100-200 m (Keeley 1996:51), los grupos parapetados en estos *pukaras* hubieran sido totalmente incapaces de ayudar a sus vecinos o de controlar el movimiento de personas a su alrededor (ver también Casanova 1936:223-224). Por cierto, podrían haber salido a enfrentar al enemigo en el llano, pero los recaudos tomados para la defensa de sus poblados les serían de escasa utilidad en esta situación.

Teniendo en cuenta que la etnografía demuestra que la superioridad numérica es uno de los principales factores que determinan la victoria en los enfrentamientos entre pueblos premodernos (Hayden 1995:74; Keeley 1996), es probable que las comunidades más pequeñas –no los asentamientos mayores– hayan sido las que necesitaban protección. De hecho, parece haber una relación inversa entre el tamaño de los asentamientos y las ventajas defensivas que ofrece su localización. Poblados de menos de dos hectáreas (por ej., Agua Bendita, Huichairas, Campo Morado, Calete, Ucumazo, Hornaditas) son los que ofrecen mayor visibilidad y dificultad de acceso, como si buscaran compensar su vulnerabilidad numérica maximizando las ventajas defensivas del terreno y reduciendo el riesgo de ser sorprendidos. Los asentamientos mayores, en cambio, que llegaron a albergar más de un millar de personas en vísperas de la conquista inka, probablemente llegaron a ser lugares bastante seguros en virtud de su tamaño.

El abandono de las porciones medias y superiores de las quebradas tributarias hacia el siglo XIII, podría interpretarse como una forma de buscar amparo en la proximidad de comunidades aliadas en el valle troncal, interponiendo una zona de amortiguación entre la población quebradeña y vecinos hostiles (cf. Le Blanc 1999 para el suroeste de los Estados Unidos). Como lo señalé anteriormente, esta relocalización poblacional no puede ser explicada por móviles puramente económicos. Los procesos que llevan a la formación de estas “tierras de nadie” han sido documentados etnográficamente, como lo ejemplifica el siguiente pasaje referido a la guerra entre los yanomamö:

Las aldeas mutuamente hostiles distan por lo menos dos o tres días de marcha: si están separadas por distancias menores a dos días e intensifican sus hostilidades, una de ellas se trasladará a un nuevo lugar, más lejano, abandonando su antiguo huerto. (Chagnon 1968:117, mi traducción)

Los atributos defensivos de los asentamientos no cambian tras la conquista inka. De hecho, algunas de las comunidades Humahuaca-Inka que se establecen al norte de la Quebrada ofrecen los mejores ejemplos de poblados fortificados (por ej., Juire). Más aún, durante la era del Tawantinsuyu aparecen los primeros asentamientos militares especializados o fortalezas en sentido estricto, por ej., Pukará Morado, El Durazno, Puerta de Zenta o El Cucho de Ocloyas, recientemente investigado por Garay de Fumagalli (comunicación personal). Estos sitios, aparentemente vinculados al resguardo de la frontera imperial, se distribuyen al este y norte de Humahuaca y se asocian a importantes vías de acceso a la

Quebrada. A diferencia de los poblados defensivos del momento anterior estas instalaciones sí podrían proteger el territorio inkaizado y ejercer un control efectivo de la circulación, no por su emplazamiento y arquitectura defensiva -que sólo serviría para resguardar a las guarniciones que las ocupaban- sino por su vinculación con fuerzas militares especializadas y un sistema logístico que podían ser movilizados en caso de necesidad.

Objetos Vinculados a la Guerra

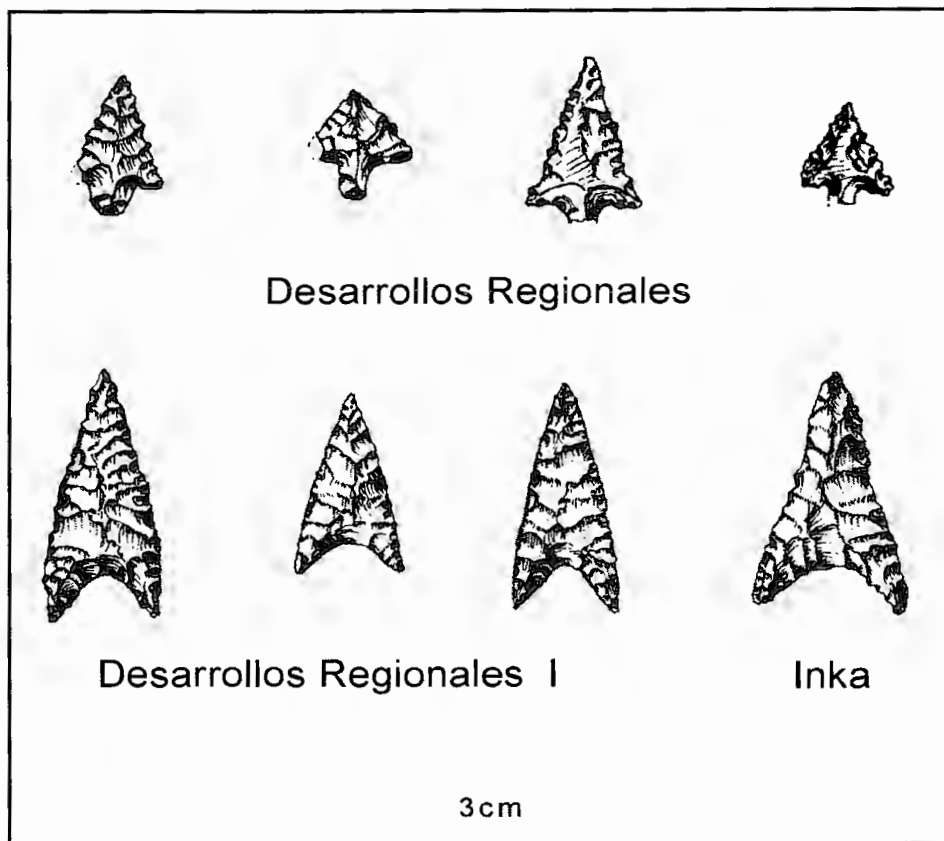
Un segundo tipo de indicador de conflicto puede encontrarse en la aparición de nuevas armas a partir del siglo XIII. Las puntas de proyectil aumentan su tamaño medio y pasan de ser pedunculadas a tener base escotada un fenómeno que, probablemente, refleja cambios en la forma de fijar las puntas a los astiles (Figura 4). Como se señaló oportunamente, los estudios faunísticos revelan una disminución de la caza hacia esta época (Madero 1993), lo que indica que estos nuevos proyectiles no estaban destinados especialmente a matar animales silvestres. Más aún, prospecciones de tipo distribucional realizadas en diversos puntos de la Quebrada (Nielsen, Avalos y Menacho 2000) indican que, por contraste con puntas de proyectil arcaicas, las puntas triangulares de base escotada del Período de Desarrollos Regionales II prácticamente no se encuentran representadas en el registro arqueológico de baja densidad. Por contraste, son muy abundantes en las áreas habitacionales, lo que sería consistente con su utilización como recurso defensivo principalmente.

Otros objetos que se encuentran con frecuencia en las tumbas de esta época, como las cornetas de hueso y los discos de metal, también pueden haber sido considerados armas o emblemas guerreros por los antiguos pueblos Andinos. Las fuentes históricas, por ejemplo, revelan que las trompetas eran vistas simultáneamente como instrumentos rituales masculinos, armas y emblemas de rango (Martínez 1995:90), mientras que Guamán Poma de Ayala (e.g., [1615] 1980 I:51) siempre retrata a los guerreros usando pectorales y discos metálicos en batalla (ver también representaciones de guerreros en la Figura 3a).

Evidencias Osteológicas

Los trofeos de cráneos y las sepulturas de individuos decapitados son los principales indicadores osteológicos de conflicto conocidos hasta ahora en la región. Se presentan por primera vez en contextos de fines del Período de Desarrollos Regionales I (por ej., en El Alfarcito, La Isla II, San José [Casanova 1937; Debenedetti 1918:20; Pelissero 1995]) y se tornan frecuentes durante el período siguiente, habiendo sido encontrados en todos los asentamientos que han sido estudiados. La decapitación afectó a individuos adultos de ambos sexos (Cigliano 1959: 374; Palma 1998 :46). La preparación de los trofeos consistía en la remoción de la porción del occipital adyacente al foramen magnum y la práctica de

Figura 4
Cambios en el diseño de las puntas de proyectil.



un orificio en la zona parietal, cerca del obelio (Vignati 1930). Estas mutilaciones facilitarían la extracción de la masa encefálica y la sujeción del cráneo a una cuerda o pica para su uso. Los trofeos han sido encontrados en áreas domésticas, al interior de vasijas aisladas o en tumbas.

Fracturas por golpes y otros signos de violencia interpersonal han sido ocasionalmente registrados (por ej., Vignati 1953:341), pero la falta de estudios bioarqueológicos comprensivos hace difícil evaluar la significación de estas observaciones. Uno de los pocos estudios de este tipo, conducido sobre treinta individuos del Pukará de Tilcara (Mendonça et al. 1992), determinó que existía una incidencia ligeramente mayor de traumas violentos en las mujeres, pero es incierto hasta qué punto estas lesiones se

relacionan con la guerra o con otras formas de violencia intragrupal. El único caso registrado de una punta de proyectil clavada en un esqueleto proviene del Pukará de Hornillos (Novellino et al. 1997) y correspondería al Período de Desarrollos Regionales II.

Iconografía

La última línea de evidencia proviene del arte rupestre del grupo estilístico C definido por Aschero (1979). Recientemente este autor ha propuesto una subdivisión de este grupo en tres unidades con implicancias cronológicas, dos de ellas pertenecientes a la era prehispánica (Aschero 2000). La primera de ellas (C1.a), que tendría su origen en lo que denominó Desarrollos Regionales I incluye figuras humanas de perfil -aisladas o en grupos- llevando arcos, flechas y otras armas, a veces integradas en escenas de lucha. Se representan detalles de la indumentaria, ornamentos y objetos portados revelando una preocupación por comunicar la identidad y/o el rango de los individuos. Las escenas de lucha siempre enfrentan a personas con indumentaria diferente (p.ej., Figura 3a, también Fernández 1997, 2000; Fernández Distel 1983). En el subgrupo C1.b (Desarrollos Regionales II-Inka) también se representan detalles de vestimenta y objetos portados, pero la figura humana se muestra de frente. Aunque no hay escenas de lucha en este momento, los individuos revelan su condición de guerreros exhibiendo emblemas y armas, p.ej., pectorales, hachas, arcos, flechas (Figura 3b y 3c). Otros motivos atribuidos a esta época son las hachas dobles y los diseños “escutiformes” indicadores de status que originalmente servían para identificar a guerreros o personas notables y que, en esta etapa, se disocian de la figura humana para actuar como signos independientes (Aschero 2000: 38).

Otros diseños que integran el grupo estilístico C son los camélidos aislados, en pares enfrentados o en hileras, a veces atados por sus cuellos y conducidos por una persona. En ocasiones se los representa esquemáticamente, en otras se plasman en detalle los colores de sus vellones. Teniendo en cuenta que el color es el principal criterio empleado por los pastores actuales en los Andes para identificar y nombrar a sus llamas (Flores Ochoa 1995: 120-121) parecería que los autores de las pictografías pusieron tanto esmero en representar la identidad de las personas como la de los animales (o de sus dueños). Motivos menos frecuentes en este grupo son los seres humanos manteniendo relaciones sexuales y los animales silvestres (felinos, ciervos, aves), a veces formando escenas de caza.

Distribución Temporal

En suma, las evidencias de conflicto en la Quebrada se presentan *durante* el Período de Desarrollos Regionales I –aparentemente en los contextos más tardíos– alcanzan su clímax en la época siguiente –sobre todo en el siglo XIV– y cambian de característica en el momento inka. La distribución temporal de estos indicadores se resume en el siguiente esquema:

- *Desarrollos Regionales I*: aumento en el tamaño de los asentamientos, primeros sitios en emplazamiento defensivo, cuerpos decapitados y cráneos-trofeo, escenas de combate en el arte rupestre.
- *Desarrollos Regionales II*: concentración demográfica regional y local en los *pukaras*, elección sistemática de emplazamientos defensivos, murallas y accesos restringidos a sitios, nuevos tipos de puntas de proyectil y su abundancia en los asentamientos, cuerpos decapitados y cráneos-trofeo, rastros osteológicos de violencia, armas y emblemas guerreros en tumbas, representación de guerreros y sus emblemas en el arte rupestre.
- *Inka*: nuevos poblados defensivos, fortalezas/guarniciones alrededor del valle del río Grande.

¿Hubo Realmente Guerra en la Era Pre-inka?

Varios de los indicadores de conflicto recién considerados tienen una amplia distribución, que va desde la Cuenca del Titicaca (Hyslop 1977) hasta el extremo meridional de la Puna y su borde (González y Pérez 1976: 84), sugiriendo que la guerra fue un fenómeno generalizado en el centro-sur Andino antes de la expansión inka. A pesar de esto, algunos autores han puesto en duda la existencia de verdaderos enfrentamientos. Las principales objeciones se basan en: (1) la existencia de asentamientos sin características defensivas aparentemente contemporáneos con los *pukaras*; (2) la existencia de un intenso tráfico interregional en la época y (3) la atribución de algunos de los indicadores de violencia a prácticas rituales (p.ej., sacrificios humanos, culto a los ancestros o batallas rituales).

La aparente coexistencia de asentamientos defensivos y de libre acceso durante este lapso temporal ha sido registrada en lugares cercanos a la Quebrada, por ej., en la Puna, el Norte de Lípez y San Pedro de Atacama (Krapovickas y Aleksandrowicz 1986; Nielsen 1998; Núñez 199: 62; Ruiz y Albeck 1997). A falta de cronologías más refinadas, sin embargo, es posible que estas diversas estrategias de asentamiento correspondan a momentos diferentes dentro del Periodo de Desarrollos Regionales. De hecho, la elección de emplazamientos defensivos en la Quebrada es un fenómeno que sólo parece manifestarse plenamente en el siglo XIV; si analizáramos la totalidad de los asentamientos prehispánicos posteriores al 900 d.C. como un conjunto de sitios contemporáneos nos encontraríamos con una diversidad similar en Humahuaca.

En cuanto a la presunta incompatibilidad de la guerra y el tráfico, esta responde más al (etnocéntrico) sentido común de los investigadores que a la realidad de las sociedades pre-modernas. Los conflictos armados y el intercambio de bienes son modos de relación que están estrechamente asociados interculturalmente (Keeley 1996:121-126; Hayden 1995). Por ejemplo, refiriéndose a los jívaro y yanomamö – dos de los casos etnográficos de guerra tribal endémica mejor documentados – Redmond señala que “los intercambios pacíficos y la guerra entre las aldeas tribales autónomas de las tierras bajas sudamericanas

pueden ser vistas como formas alternativas de competencia mediante las cuales las aldeas mantienen su autonomía y solidifican sus alianzas” (1998: 84 para observaciones similares sobre Papua-Nueva Guinea ver Wiessner y Tumu 1998; para Filipinas ver Junker 1999). La coexistencia de conflictos entre regiones y tráfico de larga distancia podría asumir diversas formas (cf. Núñez 1996) incluyendo treguas ritualmente reguladas, sitios destinados al intercambio o grupos neutrales especializados en el tráfico (por ej., pastores caravaneros no afiliados a los grupos en pugna).

Otro argumento contra la existencia de guerras prehispanicas es el que equipara estos conflictos al *t'inku* o batallas rituales registradas en las fuentes históricas tempranas y practicadas hasta hace poco en las zonas de Potosí y Cuzco (Hopkins 1982; Platt 1988; Urton 1994). Esta analogía ha sido usada, por ejemplo, para interpretar las fortalezas del Período Intermedio Temprano de la sierra norte del Perú como escenarios para combates rituales (Topic y Topic 1997) y los motivos de “personajes enfrentándose” del arte rupestre de Arica como expresión de ritos vinculados a la complementariedad económica, política y cultural (Romero 1996).

Por cierto, la guerra y el ritual están estrechamente vinculados; los conflictos armados están acompañados por actos propiciatorios y otras ceremonias en todos los pueblos - incluida la sociedad occidental moderna- y la violencia es un componente significativo en muchos ritos. No obstante, como se subrayó al comienzo de este trabajo, la guerra genera un estado de inseguridad social que no produce la violencia cuando está contenida dentro de un contexto ritual y regulada mediante normas compartidas por todos los actores involucrados.

Esta distinción es muy importante para entender las diferentes consecuencias evolutivas de estos dos fenómenos y se refleja con claridad en el patrón de asentamiento. Los *t'inkus* y otras batallas rituales registradas en el siglo XVI (por ej., Betanzos 1987:147) tenían lugar en plazas o en lugares abiertos de frontera entre grupos que no se sentían amenazados por estas acciones y, por lo tanto, no tomaban medidas defensivas para protegerse de ellas. Los antiguos habitantes de la Quebrada que renunciaron al aprovechamiento de valiosos espacios productivos y se hacieron por décadas o siglos en sus *pukaras*, lejos de recursos tan vitales como el agua, no parecen haber estado participando de un evento ceremonial sino tratando de proteger sus vidas con los escasos elementos a su alcance. Parece más apropiado buscar en las turbulencias que precedieron a la expansión inka las condiciones históricas en las que tuvieron su origen ciertos ritos andinos más tardíos, antes que inferir aquellas condiciones por analogía directa con estas prácticas.

Por último, se ha cuestionado la validez de ciertos elementos específicos como indicadores de conflicto, por ej., las cabezas-trofeo. Lafón (1967) relaciona los cráneos mutilados con el culto de los antepasados, mientras que Vivante (1973) propone reemplazar la denominación de “cráneotrofeo” por la de “cráneo utilitario” atendiendo a la diversidad de usos etnográficamente registrados para este tipo de piezas. No obstante, la mutilación de que han sido objeto estos cráneos no parece haber sido documentada en las prácticas relacionadas al culto a los ancestros en los Andes en el siglo XVI, lo que apoyaría su

vinculación con prácticas guerreras (cf. Proulx 1989; Verano 1995). Más aún, los decapitadores representados tanto en el arte rupestre como en equipos de inhalar de otras regiones de los Andes circumpuneños (Berenguer 1999: 41; Torres 1987, Figs. 91, 138), suelen portar otros objetos vinculados a la guerra, como hachas, petos y cascos.

¿Quién Era el Enemigo?

Esta es una pregunta importante que surge al pensar que los últimos siglos de la era prehispánica fueron épocas de guerra en los Andes del centro-sur. Hay dos respuestas posibles: que fueran enfrentamientos internos, entre comunidades vecinas y culturalmente afines dentro de cada región – en este caso dentro de la propia Quebrada – o que se tratase de conflictos entre regiones (altiplano, desierto de Atacama, valles y quebradas del Noroeste argentino y sur de Bolivia, selvas occidentales) que en el contexto de creciente fragmentación cultural del Período de Desarrollos Regionales II detentarían identidades diferentes.

La segunda alternativa (Nielsen 1996) se vería avalada en el caso de la quebrada de Humahuaca por varios argumentos. Primero, la tendencia centripeta del proceso demográfico y la formación de una zona de amortiguación alrededor del valle del río Grande que situarían al enemigo fuera de la región y no en su interior. Segundo, las escenas de lucha en el arte rupestre siempre confrontan a individuos o grupos de guerreros dotados de marcadores de identidad diferenciados. Tercero, la existencia de testimonios históricos según los cuales los grupos de la Quebrada tenían enfrentamientos con pueblos del oriente, como el de un *curaca* de Humahuaca quien declaraba en 1640 que “antes tenía por tradición de sus antepasados que antiguamente los yndios de su nación omaguacas y tilcaras ticas y otras naciones circunbezinas suyos abian tenido guerra y batalla con los dichos yndios mataguayes” (Salas 1945: 54). Cuarto, en su estudio sobre trofeos de la Quebrada Vignati afirma “que los cráneos utilizados no responden al mismo tipo que los cráneos de los pobladores del lugar” (1930:58). Quinto, el carácter interregional de los conflictos explicaría su rápida difusión por los Andes centro-sur, un fenómeno que sería difícil de entender si se tratara de enfrentamientos locales, entre las comunidades de la Quebrada. Por otra parte, cuesta imaginar cómo podría haber funcionado la economía y la vida cotidiana en la región con una situación de conflicto permanente entre vecinos. Bajo la vigilancia de sus enemigos ¿cómo accedería cada comunidad a sus campos de cultivo, algunos de ellos situados a más de una hora de marcha de su asiento permanente?

Por las razones enumeradas y teniendo en cuenta las evidencias de una creciente integración económica del territorio, parece necesario descartar la hipótesis de que el conflicto hayan tenido como eje el enfrentamiento entre vecinos inmediatos. Esta conclusión coincide con lo observado por colegas en el Norte de Chile, quienes sostienen que los *pukaras* que se erigieron entre los 2500 y 3000 m.s.n.m., desde Arica hasta el Salar de Atacama, buscaban defender a las sociedades Arica, Pica/Tarapacá y Lasana/Atacama de la expansión altiplánica (Berenguer 1993; Núñez 1991: 62; Schiappacasse et al. 1989).

Cabe enfatizar que esto no contradice la existencia de rivalidades, violencia y otras tensiones al interior de las sociedades centro-sur andinas, incluida la quebradeña. Por el contrario, la competencia entre facciones, la subordinación de comunidades y la institucionalización de formas desiguales de acceso a los recursos debieron, necesariamente, producir conflictos entre los habitantes de la propia Quebrada. Lo que importa destacar, sin embargo, es que son las pugnas interregionales las que parecen asumir un papel protagónico en la definición de la trayectoria evolutiva.

En el siglo XVI, los inkas declaraban haber acabado con los conflictos que aquejaban a los pueblos andinos antes de la formación del Tawantinsuyu. Si se acepta esta noción de *Pax*, la instalación de fortalezas sobre vías de acceso a la Quebrada desde el norte y este debe interpretarse en función de la defensa de la frontera oriental del Imperio. La continuidad de los atributos defensivos del patrón de asentamiento local podrían estar indicando que, a pesar de la presencia militar cuzqueña, las incursiones de los grupos del piedemonte oriental andino continuaron representando una amenaza para los territorios próximos a la frontera.

DISCUSIÓN

La pregunta respecto al papel desempeñado por la guerra en la evolución de la sociedad de la quebrada de Humahuaca comprende dos aspectos que, en principio, deberían tratarse en forma independiente. Uno de ellos concierne a las causas o disparadores del conflicto; el otro se refiere a las consecuencias sociales que pudieron tener los enfrentamientos y la situación de inseguridad que los acompañó.

Las Causas de la Guerra

Cuatro causas han sido propuestas para los enfrentamientos del Período de Desarrollos Regionales en los Andes centro-sur. En el Noroeste argentino, la explicación más habitual es que fueron el producto del crecimiento demográfico y la consecuente competencia por recursos de subsistencia (por ej., Madrazo y Ottonello 1966: 45). Los datos arqueológicos de la Quebrada no parecen ajustarse a esta propuesta. Las primeras evidencias claras de conflicto ya se presentan durante el Período Desarrollos Regionales I, aún cuando los datos disponibles sugieren que en este período—por lo menos al comienzo—todos los niveles altitudinales de la Quebrada (y tal vez los Valles) estaban habitados. Difícilmente pueda justificarse la idea de que los espacios aprovechables estaban saturados. El posterior abandono de las porciones elevadas de la región y la aglomeración de la población en los llamados *pukaras*, tampoco se condice con la idea de una gran población buscando formas más eficaces de aprovechar las oportunidades económicas que le ofrece su entorno, porque mientras que demandó inversiones cada vez mayores en infraestructura para elevar la capacidad de sustento del valle del río Grande resultó en un escaso

aprovechamiento de las tierras cultivables, pastos y recursos silvestres de las quebradas tributarias.

La competencia por el control del tráfico interregional es otra causa posible (para la Puna ver Ruiz y Albeck 1997). Sin embargo, como lo expresan estas autoras, los *pukaras* puneños no están particularmente asociados a rutas naturales, como tampoco lo están varios de los poblados defensivos de mayor jerarquía del Período de Desarrollos Regionales II en la Quebrada, por ej., Volcán, Hornillos, Juella y Peñas Blancas – a menos que se considere a todo el valle como una ruta. Por otra parte, si se piensa en pugnas entre comunidades locales por controlar el tráfico entre la Quebrada y otras regiones, no queda claro cómo los habitantes de un *pukara* (por ej., Tilcara) podían intervenir en las relaciones de intercambio que mantenían los pobladores de otro (por ej., Volcán). Tampoco podrían controlar el tráfico entre otras regiones, por ejemplo entre la Puna y las Yungas, ya que existen rutas entre ellas (con abundantes indicios arqueológicos de uso en este período) que transcurren fuera del área de distribución de los *pukaras* quebradeños, por ej., por Iturbe, por Chayamayoc o por el abra de la Cruz en las nacientes de La Cueva. Sin duda, la gran visibilidad que caracteriza a los poblados defensivos de esta época debió facilitar a sus habitantes ejercer control sobre el tráfico que transcurría por sus alrededores, pero esto no explica porqué se desencadenaron los conflictos en primer término.

Las luchas por la hegemonía desencadenadas al colapsar Tiwanaku, constituyen la tercera explicación posible del conflicto. Aún cuando las pugnas entre los grupos cercanos a la ciudad altiplánica hayan generado una onda expansiva que pudiera llegar al Noroeste argentino, las mismas parecen insuficientes para explicar la aparente intensidad de los enfrentamientos y su extensión hasta el confín meridional de la Puna.

El cuarto factor que podría haber precipitado estas guerras es la prolongada sequía que, de acuerdo a los estudios de Thompson et al. (1985; Thompson 1995) en los glaciares Quelccaya y Huascarán y los de Binford et al. (1997) en sedimentos del Lago Titicaca, azotó las tierras altas de los Andes a partir del siglo XI asumiendo proporciones muy severas entre 1250 y 1310 d.C. Las consecuencias de este fenómeno climático debieron ser dramáticas, especialmente para los pueblos del altiplano sur o puna seca. Estos dependían en gran medida del pastoreo y la agricultura a temporal, dos actividades extremadamente sensibles a las variaciones en las precipitaciones. Un período de aridez como el planteado provocaría el virtual colapso de la base económica de muchos de estos grupos, dejándoles pocas alternativas fuera de presionar sobre las quebradas, valles y oasis a ambos lados del macizo andino (por ej., la quebrada de Humahuaca) en busca de condiciones más favorables -como oportunidades para la agricultura de riego- enfrentando allí la resistencia de los grupos ya instalados.

Esta explicación sería congruente con la impresión de los colegas chilenos, quienes advierten un “desborde de población” desde el altiplano hacia los valles occidentales y oasis de Atacama (Schiappacasse et al. 1989:187), que en ocasiones llevó a la conquista de enclaves como el Pukará de Turi (Aldunate 1993). No obstante, estos desbordes no estarían provocados por presión demográfica en las tierras altas – una idea que no está avalada por

los datos arqueológicos sobre la Puna y el Altiplano de Lípez – sino por el deterioro de los sistemas productivos altiplánicos. Este escenario daría cuenta, además, de otros fenómenos como el desarrollo de grandes asentamientos y una vasta infraestructura agrícola en ciertos oasis puneños que cuentan con posibilidades de riego (por ej., Yavi Chico, Doncellas y Casabindo). También sería consistente con estudios interculturales sobre las causas de la guerra entre pueblos premodernos, como el de Ember y Ember (1992), quienes demuestran en base a una muestra de 186 grupos, que el temor a la escasez provocada por desastres naturales es el principal predictor de la frecuencia e intensidad de los conflictos armados entre sociedades sin estado.

No pretendo con esto adherir a una postura determinista ambiental. Por cierto, cada grupo enfrentó los desafíos planteados por la sequía en forma diferente, de acuerdo a las características de su economía, de su estructura social y a de su cultura, entendida esta como un sistema de categorías, valores y disposiciones resultantes de una historia singular. No obstante, si este fenómeno tuvo la magnitud que indican los estudios paleoambientales, los pueblos afectados no pudieron dejar de reaccionar de algún modo a los desafíos que planteó, iniciando así procesos cuyas consecuencias últimas seguramente escaparon al control y capacidad de previsión de los actores. La guerra y las diversas transformaciones que precipitó en cada sociedad del centro-sur andino pudieron ser parte de estas trayectorias históricas particulares y divergentes que, tal vez, tuvieron su origen en problemas ambientales comunes.

Las Consecuencias Sociales de la Guerra

Si aceptamos que el período anterior a la expansión inka realmente fue una época de guerra endémica en los Andes centro-sur, es preciso considerar las consecuencias que esto pudo tener para los pueblos afectados. En el primer apartado de este trabajo he sintetizado algunos cambios económicos y políticos ocurridos en Humahuaca a partir del final del primer milenio d.C., ¿en qué medida fue el conflicto responsable de estas transformaciones?

Primero, la guerra sería una de las causas de la intensificación de las explotaciones económicas en la Quebrada al provocar la convergencia de la población sobre el valle del río Grande. Por cierto, otros factores también debieron contribuir al cambio económico, como la propia sequía que tal vez motivó la construcción de nuevos sistemas de irrigación para aprovechar los arroyos permanentes que nacen en las serranías de Tilcara y Aparzo que, con el tiempo, se convertirían en los complejos agrícolas de El Alfarcito y Coctaca.

Aunque la guerra no sea incompatible con el tráfico, los conflictos debieron reducir la permeabilidad de las fronteras sociales que caracterizaban al Período Formativo dando origen a nuevas formas de interacción interregional. La regionalización estilística que se advierte en la cultura material y el renovado auge del tráfico de caravanas de larga distancia podrían ser dos manifestaciones de este fenómeno. Más aún, no debería descartarse la

posibilidad de que esta última actividad haya estado parcialmente en manos de pastores especializados que mantuvieran cierta independencia y neutralidad en la agitada escena política circumpuneña. Resulta sugestivo que el “fenómeno *pukara*” no haya sido registrado en la Puna Occidental ni en el sureste de Lipez, dos regiones que aparentemente estuvieron ocupadas por grupos especializados en el pastoreo y la caza (Nielsen 1998; Yacobaccio et al. 1998).

En la medida en que el temor a otros grupos superó las tendencias fragmentadoras de la lucha de facciones y otras rivalidades locales, la guerra también pudo ser un importante motor de los procesos de integración política aparentes en esta época en la Quebrada. Las relaciones jerárquicas entre asentamientos podrían tener su origen en alianzas defensivas, que cobran expresión arqueológica en la proximidad entre sitios y en sus relaciones de intervisibilidad.

La guerra también debió favorecer la concentración del poder y el desarrollo de las desigualdades sociales. Primero, haciendo de la destreza en combate una importante fuente de reconocimiento social. Guerreros destacados gozarían de considerable prestigio, extendiendo quizás su liderazgo más allá de la propia comunidad; con el tiempo, la persistencia de los enfrentamientos podría llevar a convertir lo que inicialmente fueron poderes temporariamente delegados a estos individuos en atribuciones relativamente permanentes (Carneiro 1998). Segundo, los conflictos resultarían en la apropiación de recursos (mujeres, ganado, bienes suntuarios) por parte de los vencedores. Como lo señala Webster (1975), los botines de guerra tienden a estar libres de las obligaciones redistributivas que suelen afectar a recursos de otro origen e imponen límites a la acumulación en sociedades no estratificadas. La reiterada asociación entre las escenas de combate y de tiro o de “llamas cautivas” en el arte rupestre de la Quebrada, por ejemplo, podría estar aludiendo a la captura de ganado a partir de estas luchas. Finalmente, al elevar los riesgos de la fisión como forma de resistencia, la guerra crearía un estado de circunscripción social. La inseguridad provocada por un estado de guerra endémica contribuiría así a que la mayoría de la población aceptara las demandas de líderes incipientes o facciones en ascenso, generando las condiciones estructurales necesarias para el éxito de múltiples estrategias de acumulación de poder.

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones en que se basa este trabajo fueron parcialmente financiadas por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Jujuy y por el CONICET. Deseo también expresar mi gratitud a Carlos Zanolli por su invitación a participar de este volumen.

BIBLIOGRAFÍA

Aldunate, C.

1993. Arqueología en el Pukara de Turi. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 61-77. Antofagasta.

Aschero, C. A.

1979. Aportes al Estudio del Arte Rupestre de Inca Cueva-1. *Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino*: 392-407. Buenos Aires, Universidad del Salvador.

2000. Figuras Humanas, Camélidos y Espacio en la Interacción Circumpuneña. En M. Podestá y M. de Hoyos (editoras); *Arte en las Rocas: Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en Argentina*: 15-44. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología / Asociación Amigos del INAPL.

Bamforth, D.

1994. Indigenous People, Indigenous Violence: Precontact Warfare on the North American Great Plains. *Man* (N.S.) 29: 95-115.

Berenguer, J.

1993. Gorros, Identidad e Interacción en el Desierto Chileno Antes y Después del Colapso de Tiwanaku. *Gorros, Identidad y Prestigio en los Andes: Gorros, Turbantes y Diademas*: 41-64. Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino.

1999. El Evanesciente Lenguaje del Arte Rupestre en los Andes Atacameños. En Berenguer J. y F. Gallardo (editores); *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio*: 9-56. Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino.

Bertonio, L.

[1612] 1984. *Vocabulario de la Lengua Aymara*. Cochabamba, CERES.

Betanzos, J. de

1987. *Suma y Narración de los Incas*. Madrid. Atlas.

Binford, M., A. Kolata, M. Brenner, J. Janusek, M. Seddon, M. Abbott y J. Curtis

1997. Climate Variation and the Rise and Fall of an Andean Civilization. *Quaternary Research* 47: 235-248.

- Blick, J. P.
1988. Genocidal Warfare in Tribal Societies as a Result of European-Induced Culture Conflict. *Man* (N.S.) 23: 654-670.
- Blanton, R., G. Feinman, S. Kowalewski y P. Peregrine
1996. A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization. *Current Anthropology* 37: 1-14.
- Bouysson Cassagne, T.
1975. *La Identidad Aymara*. La Paz, Hisbol.
- Brush, S. B.
1976. Man's Use of an Andean Ecosystem. *Human Ecology* 4: 147-166.
- Carneiro, R. L.
1970. A Theory of the Origin of the State. *Science* 169: 733-738.

1998. What Happened at the Flashpoint? Conjectures on Chiefdom Formation at the Very Moment of Conception. En Redmond E. M. (editor); *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*: 19-42. Gainesville, University Press of Florida.
- Casanova, E.
1936. La Quebrada de Humahuaca. *Historia de la Nación Argentina*, 1: 207-249 Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana.

1937. Contribución al Estudio de la Arqueología de La Isla. *Runa* 1: 65-70.
- Chagnon, N.
1968. Yanomamö Social Organization and Warfare. En Fried M., M. Harris y P. S. Martin (editores); *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*: 85-91. New York, Natural History Press.
- Cigliano, E. M.
1959. Nota sobre un Cráneo Trofeo. *Notas del Museo de La Plata* XIX, Antropología 71: 371-379. La Plata.
- Debenedetti, S.
1910. *Exploración Arqueológica en los Cementerios Prehistóricos de la Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy*. Publicaciones de la Sección Antropológica 6. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

1918. Las Ruinas Prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, Provincia de Jujuy). *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* 23. Córdoba.

Earle, T. K.

1997. *How Chiefs Come to Power?* Stanford, Stanford University Press.

Ember, C. R. y M. Ember

1992. Resource Unpredictability, Mistrust, and War: A Cross-Cultural Study. *Journal of Conflict Resolution* 36: 242-262.

Ferguson, B. y N. Whitehead (editores)

1999. *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*. Santa Fe, School of American Research Press.

Fernández, J.

1997. Arqueología de la Cueva de El Portillo, Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy. *Avances en Arqueología* 3: 41-69. Tilcara.

2000. Algunas Expresiones Estilísticas del Arte Rupestre de los Andes de Jujuy. En M. Podestá y M. de Hoyos (editoras); *Arte en las Rocas: Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en Argentina*: 45-62. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología / Asociación Amigos del INAPL.

Fernández Distel, A. A.

1983. Continuación de las Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de La Cueva: Chayamayoc (Pcia. de Jujuy), República Argentina. *Scripta Ethnologica*, Suplementa 2: 43-52. Buenos Aires, CAEA.

Flores Ochoa, J.

1995. Modern-Day Herders: An Andean Legacy Continues. *Gold of the Andes: The Llamas, Alpacas, Vicuñas, and Guanacos of South America* 2: 100-193. Barcelona, Patthey y Sons.

Garay de Fumagalli, M.

1997. Diferenciación Cronológica y Formal de los Yacimientos de la Cuenca del Río Corral de Piedra (Provincia de Jujuy). *Cuadernos* 9: 71-85. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

González, A. R. y J. A. Pérez

1976. *Argentina Indígena, Vísperas de la Conquista*. Buenos Aires, Paidós.

Guamán Poma de Ayala, Felipe

1980 [1615]. *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. Méjico, Siglo XXI.

Haas, J. y W. Creamer

1993. *Stress and Warfare among the Kayenta Anasazi of the 13th Century A.D.* Fieldiana, Anthropology New Series 21. Chicago, Field Museum of Natural History.

Hayden, B.

1995. Pathways to Power: Principles for Creating Socioeconomic Inequalities. En Price D. y G. Feinman (editores); *Foundations of Social Inequality*: 15-86. Nueva York, Plenum.

Hopkins, Diane

1982. Juego de Enemigos. *Allpanchis* 20: 167-187. Cuzco.

Hyslop, J.

1977. Hilltop Cities in Peru. *Archaeology* 30: 218-225.

Isbell, W.

1997. *Mummies and Mortuary Monuments: A Postprocessual Prehistory of Central Andean Social Organization*. Austin, University of Texas Press.

Junker, L. L.

1999. *Raiding, Trading, and Feasting: The Political Economy of Philippine Chieftdoms*. Honolulu, University of Hawaii Press.

Keeley, Lawrence H.

1996. *War Before Civilization*. Nueva York, Oxford University Press.

Krapovickas, P. y A. Aleksandrowicz

1986. Breve Visión de la Cultura de Yavi. *Anales de Arqueología y Etnología* 41/42: 83-127.

Lafón, C. R.

1967. Un Estudio Sobre la Funebria Humahuaca. *Runa X*: 195-255.

Lavallée, D., M. Julien, C. Karlin, L. García, D. Pozzi-Escot y M. Fontugne

1997. Entre Desierto y Quebrada-Tomayoc: Un Alero en la Puna. *Avances en Arqueología* 3: 9-39

LeBlanc, S.

1999. *Prehistoric Warfare in the American Southwest*. Salt Lake City, The University of Utah Press.

Madero, C. M.

1992. Análisis Faunístico de Huachichocana III (Jujuy): Identificación Arqueológica de la Caza y el Pastoreo de Camélidos. *Palimpsesto* 2: 107-122.

1993. Explotación Faunística, Tafonomía y Economía en Humahuaca Antes y Después de los Yupanqui. *Inka: Arqueología, Historia y Urbanismo del Altiplano Andino*: 145-168. Buenos Aires, Corregidor.

Madrazo, G. B. y M. Otonello

1966. *Tipos de Instalación Prehispánica en la Región de la Puna y su Borde*. Monografías 1. Olavarría, Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce".

Martínez, J. L.

1995. *Autoridades en los Andes, los Atributos del Señor*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Maschner, H. y K. Reedy-Maschner

1998. Raid, Retreat, Defend (Repeat): The Archaeology and Ethnohistory of Warfare on the North Pacific Rim. *Journal of Anthropological Archaeology* 17: 19-51.

Mendonça, O., A. Bordach y S. G. Valdano

1992. Reconstrucción del Comportamiento Biosocial en el Pukará de Tilcara (Jujuy): Una Propuesta Heurística. *Cuadernos* 3: 144-154. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Nielsen, A. E.

1988. Un Modelo de Sistema de Asentamiento Prehispánico en los Valles Orientales de Humahuaca (Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina). *Comechingonia* 6: 127-155.

1995. Aportes al Estudio de la Producción Agrícola Inka en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Hombre y Desierto* 9; *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 1: 245-256. Antofagasta.

1996. Demografía y Cambio Social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXI*: 307-385.

1997a. Impacto y Organización del Dominio Inka en Humahuaca. *Tawantinsuyu* 4. En prensa.

1997b. El Tráfico Caravanero Visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* 14: 339-371.

1998. Tendencias de Larga Duración en la Ocupación Humana del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). En Cremonte M. B. (compiladora); *Los Desarrollos Locales y Sus Territorios: Arqueología del NOA y Sur de Bolivia*: 65-102. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

2001. Evolución Social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En Berberían E. y A. Nielsen (editores); *Historia Argentina Prehispánica*, I: 171-264. Córdoba, Editorial Brujas.

Nielsen, A. E., J. C. Avalos y K. A. Menacho

2000. Más Allá del Sitio: El Registro Arqueológico de Baja Densidad y su Importancia para el Estudio de Sociedades Agroalfareras. *Revista del Museo de La Plata (NS)*, Antropología IX (83): 355-370.

Nielsen, A. E. y W. H. Walker

1999. Conquista Ritual y Dominación Política en el Tawantinsuyu: El Caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina). En Zarankin A. y F. A. Acuto (editores); *Sed Non Satiata: Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*: 153-169. Buenos Aires, Ediciones del Tridiente.

Novellino, P. S., R. A. Doro, C. P. Corvalán, V. Seldes y R. Guichón

1997. Actualización de los Hallazgos de Puntas de Proyectoil en Restos Humanos de Argentina. Trabajo presentado al IV Congreso Nacional de Paleopatología, San Fernando de Cádiz. MS.

Núñez, L.

1987. El Tráfico de Metales en el Area Centro-Sur Andina: Factos y Expectativas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 73-107.

1991. *Cultura y Conflicto en los Oasis de San Pedro de Atacama*. Santiago, Editorial Universitaria.

1996. Movilidad Caravánica en el Area Centro Sur Andina: Reflexiones y Expectativas. En *La Integración Surandina Cinco Siglos Después*: 43-61. Cuzco, Centro Regional de Estudios Andinos "Bartolomé de Las Casas"

- Palma, J.
1998. *Curacas y Señores: Una Visión de la Sociedad Política Prehispánica en la Quebrada de Humahuaca*. Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Parker Pearson, M.
1982. Mortuary Practices, Society, and Ideology: An Ethnoarchaeological Study. En Hodder I. (editor); *Symbolic and Structural Archaeology*: 99-113. Cambridge, Cambridge University Press.
- Pelissero, N.
1995. *El Sitio Arqueológico de Keta-Kara*. Buenos Aires, CAEA.
- Platt, T.
1988. Pensamiento Político Aymara. En Albó, X. (compilador); *Raíces de América: El Mundo Aymara*: 364-450. Madrid, Alianza Editorial.
- Proulx, D. A.
1989. Nasca Trophy Heads: Victims of Warfare or Ritual Sacrifice? En Tkaczuk D. C. y B. C. Vivian (editores); *Cultures in Conflict: Current Archaeological Perspectives*: 73-85. Calgary, University of Calgary Archaeological Association.
- Redmond, E. M.
1998. In War and Peace: Alternative Paths to Centralized Leadership. En Redmond E. M. (editor); *Chieftdoms and Chieftaincy in the Americas*: 68-103. Gainesville, University Press of Florida.
- Romero, G. A.
1996. Enfrentamientos Rituales en la Cultura Arica: Interpretación de un Ícono Rupestre. *Chungara* 28: 115-132.
- Ruiz, M. y M. E. Albeck
1997. El Fenómeno Pukara Visto desde la Puna Jujeña. *Estudios Atacameños* 12: 83-95.
- Salas, A.
1945. *El Antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Provincia de Jujuy)*. Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Museo Etnográfico, Serie A. Buenos Aires.

- Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer
1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000-1400 d.C.). En Hidalgo J. , V. Schiappacasse y H. Niemeyer (editores); *Culturas de Chile: Prehistoria: 181-220*. Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Seca, M.
1989. *Introducción a la Geografía Histórica de la Quebrada de Humahuaca*. Cuadernos de Investigación 1. Tilcara, Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- Sica, G. y S. Sánchez
1992. Testimonio de una Sociedad en Transición: El Testamento de un Curaca de Humahuaca. *Cuadernos* 3: 53-62. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- Thompson, L. G.
1995. Datos Climáticos y Medioambientales Deducidos de Testigos de Hielo de los Andes Tropicales (Perú) en el Holoceno Reciente. *Bulletin de L'Institut Francais d'Etudes Andines* 24: 619-629.
- Thompson, L. G., E. Moseley-Thompson, J. F. Bolzan y B. R. Koci
1985. A 1500-year Record of Tropical Precipitation in Ice Cores from the Quelccaya Ice Cap, Peru. *Science* 229: 971-973.
- Topic, J. y T. Topic
1987. The Archaeological Investigation of Andean Militarism: Some Cautionary Observations. En Haas J. , S. Pozorski y T. Pozorski (editores); *The Evolution of the Andean State: 47-55*. Cambridge, Cambridge University Press.
1997. Hacia una Comprensión Conceptual de la Guerra Andina. En Gabai R. y J. Flores Espinoza (editores); *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski: 567-590*. Lima, Instituto de Estudio Peruanos.
- Torres, C. M.
1987. *The Iconography of South American Snuff Trays and Related Paraphernalia*. Etnologiska Studier 37, Gotenburgo.
- Urton, G.
1994. Actividad Ceremonial y División de Mitades en el Mundo Andino. Las Batallas Rituales en los Carnavales del Sur del Perú. En Millones L. y Y. Onuki (editores); *El Mundo Ceremonial Andino: 117-142*. Lima, Editorial Horizonte.

Verano, J. W.

1995. Where Do they Rest? The Treatment of Human Offerings and Trophies in Ancient Peru. En Dillehay T. (editor); *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*: 189-227. Washington, Dumbarton Oaks.

Vivante, A.

1973. El Cráneo Utilitario de Tastil. En Cigliano M. (editor); *Tastil: Una Ciudad Preinkaica Argentina*: 623-633. Buenos Aires, Ed. Cabargon.

Vignati, M. A.

1930. Los Cráneos Trofeo de las Sepulturas Indígenas de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy). *Archivos del Museo Etnográfico* 1. Buenos Aires.

1953. Nuevos Trofeos en Cráneos Humanos del Territorio Argentino III. *Notas del Museo de La Plata* XVI, Antropología 66: 337-355. La Plata.

Webster, D.

1975. Warfare and the Evolution of the State: A Reconsideration. *American Antiquity* 40 : 464-470.

Wiessner, P. y A. Tumu

1998. *Historical Vines: Enga Networks of Exchange, Ritual, and Warfare in Papua New Guinea*. Washington, Smithsonian Institution.

Yacobaccio, H. D., C. Madero, M. Malmierca y M. Reigadas

1998. Caza, Domesticación y Pastoreo de Camélidos en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII/XXIII: 389-418.